

ALFAGUARA



Leopoldo Brizuela

Una misma noche

*sólo yo fui vil... literalmente vil
vil en el sentido mezquino e infame de la vileza*

FERNANDO PESSOA

A

2010

Si me hubieran llamado a declarar, pienso. Pero eso es imposible. Quizá, por eso, escribo.

Declararía, por ejemplo, que en la noche del sábado al domingo 30 de marzo de 2010 llegué a casa entre las tres y tres y media de la madrugada: el último ómnibus de Retiro a La Plata sale a la una, pero una muchedumbre volvía de no sé qué recital, y viajamos apretados, de pie la mayoría, avanzando a paso de hombre por la autopista y el campo.

Urgida por mi tardanza, la perra se me echó encima tan pronto abrí la puerta. Pero yo aún me demoré en comprobar que en mi ausencia no había pasado nada —mi madre dormía bien, a sus ochenta y nueve años, en su casa de la planta baja, con una respiración regular—, y solo entonces volví a buscar la perra, le puse la cadena y la saqué a la vereda.

Como siempre que voy cerca, eché llave a una sola de las tres cerraduras que mi padre, poco antes de morir, instaló en la puerta del garaje: el miedo a ser robados, secuestrados, muertos, esa seguridad que llaman, curiosamente, inseguridad, ya empezaba a cernirse, como una noche detrás de la noche.

Era una noche despejada, declararían, y no hacía frío. No se veía a nadie en la calle. La única inquietud que

puedo haber sentido cuando enfilé hacia la rambla de Circunvalación se habrá debido a los autos, pocos pero prepotentes, que pasan a esa hora, con parlantes a todo lo que da y faros intermitentes iluminando el asfalto. O a las motos que con no sé qué artilugio hacen sonar el caño de escape igual que un tiroteo.

Fue entonces que lo vi, al llegar a la esquina. Un tipo de unos treinta, con gorra de visera virada hacia la nuca, musculosa y arito —casi un disfraz de joven. Miraba hacia el fondo de esa anchísima avenida con ramblas que cerca la ciudad. No le importaba yo, no me miró ni una vez, y es raro que a esa hora no se mire a un extraño. ¿Y a quién podía estar esperando, a esa hora, en ese sitio? ¿Quién podía haberlo expuesto, citándolo a esa hora?

Cruzamos a la rambla: la perra cagó y meó en los sitios de siempre con una exactitud que yo le agradecí y volvimos muy rápido —mi perra recelando de las sombras, y yo fingiendo calma— sin inquietar tampoco ahora, en apariencia, al tipo de gorrita que, encaramado en lo alto de sus pantorrillas estiradas, seguía empeñado en tratar de divisar algo a lo lejos.

Entonces advertí, a sus espaldas, en la vereda de enfrente, un auto con tres hombres dentro y una puerta abierta, como si lo esperaran. Vendrían en caravana, supuse, y algún otro auto se les habría perdido. Pero me acordé de Diego, el vecino de la casa 5, que había decidido dejar de alquilarme mi garaje cuando empezó a trabajar de noche, “y de noche, vos viste lo que hacen ahora: te esperan en las sombras y se meten con vos...”.

Eché a correr fingiendo que la perra al fin conseguía arrastrarme. Traté de girar la llave sin perder un segundo; la perra entró con esa urgencia absurda que infunde la costumbre y, tan pronto como cerré, corrí el pasador enorme que colocó mi padre sobre las tres cerraduras. Entonces respiré, y subí, y quizá olvidé todo, como quien deja la noche en manos de sus dueños.

También yo tengo rutinas como las de mi perra: si me hubieran llamado a declarar, si este fuera un asunto de detectives, jueces y jurados, como en las novelas, habría podido enumerar qué hice desde entonces, no porque lo recuerde, sino porque siempre hago lo mismo. Como si me preguntaran: “¿Latía el corazón?”. Fui primero a la cocina, llené una taza con agua y la metí en el microondas; después fui hasta mi estudio a encender la computadora y a mi cuarto a quitarme la ropa. Y cuando sonó la alarma del hornito —tres minutos exactos: ¿qué no es computable en la vida actual?— saqué la taza, eché un saco de té y me senté ante la pantalla, a ese tiempo sin tiempo que tampoco puede haber sido tanto. Si la mente consigue perderse en la Internet, el cuerpo, ese estorbo, cansado, se repliega.

Había pasado todo el día en casa de una amiga de Boedo que quizá, también ella, podría declarar ahora (la inconcebible minucia de las novelas policiales se instala en mí; y la culpa de saber, de haber sido testigo). Revisé mi casilla de emails, pero casi nadie escribe en las noches de sábado. Quizá contesté alguno y pasé cierto tiempo revisando los diarios, pero como ya no son dominicales los suplementos literarios, no

me demoré. Y si entré en la página de chat, no habré permanecido más que lo que dura una paja entre hombres viejos, furtivos, decadentes de sueño, escondidos de sus esposas.

Pero al fin —de esto sí daría fe, esto sí lo recuerdo—, una hora más tarde, digamos: a eso de las cuatro o cuatro y media, empecé a recorrer los cuartos de la casa apagando las luces y cerrando ventanas. El balcón de atrás, el lavadero, la cocina. Y cuando llegué al cuartito que mi padre llamaba “el geriátrico” —un cubículo de vidrio que él mismo se inventó en el balcón del frente para instalar allí su banco de carpintero y su tablero de electricista—; cuando descorrí la cortina para atraer hacia mí el batiente abierto de la ventana, descubrí que allá abajo, a unos tres metros, relucía un patrullero detenido, blanco en la noche, en marcha, con la inscripción *Policía Científica* y dos policías adentro en actitud de alerta.

Quizá pensé: “El tipo de gorrita”. No recuerdo. Pero estoy seguro de que pensé: “Por suerte, no me han visto. No seré su testigo. Puedo seguir mi vida”.

Y sigilosamente terminé de cerrar; y luego me acosté como para hacer ostentación de lo que yo verdaderamente era: un ciudadano más o menos anómalo, que no reprime sus excentricidades, pero que en modo alguno representa un peligro.

DOMINGO por la tarde. Cruzo al supermercado cuando dos muchachitas me interceptan, en la vereda de enfrente. Son gordas, van del brazo.

—¿Pasó algo, en tu casa, anoche? —me preguntan, luchando entre el pudor y el deseo de saber, imponente muy mal la compostura luctuosa con que se aborda a una víctima.

Entre sus disculpas entiendo que son las nietas del vecino de enfrente, el marino retirado, las que, como yo, llegaron al barrio a ocupar la planta alta de la casa cuando los viejos ya no pudieron vivir solos.

—No, ¿por qué? —pregunto, ofendido, porque presiento que quieren usarme.

—Vimos un patrullero de la Policía Científica parado frente a tu casa... y pensamos...

—Ah, es cierto —y solo entonces recuerdo la inscripción sobre la puerta blanca—. Pero no pasó nada —digo, y les vuelvo la espalda, como rechazado por un interés obscuro.

Y el lunes al mediodía, por fin, suena el timbre: algo que nunca pasa. Salgo al balcón, abro el mismo batiente que cerré la noche del sábado sobre aquel patrullero, y veo a la vecina de la casa de al lado. Su cara reducida por los liftings a una máscara casi irreconocible por mí, a fuerza de ir semejándose a tantas otras mujeres. Le pregunto qué quiere, fingiendo que ya estaba por entrar a bañarme —me da vergüenza mostrarme todavía en ropa de cama después de haber pasado toda la mañana corrigiendo mi novela.

Sonríe extrañamente, culposa pero imparable, con evidente terror. Que no puede decirme, asegura. Que baje por favor un minuto. Solo un minuto, ruega. Le digo que me espere. Me echo una robe encima, y mientras tanto imagino de qué me hablará.

Ha venido tantas veces a decir: “¿Cuándo vas a poner rejas? Esa ventana tuya, sin rejas, te pueden entrar por ahí”. O a contarme, imparable, en un casi delirio, que por un balcón así, a una amiga suya... He tratado de cortarla, tantas veces, con las mismas excusas: “Estoy dando clases”, “Tengo que irme a Buenos Aires”. Pero ella no escucha, y casi le he cerrado la puerta en la cara.

Pero esta vez es cierto, comprendo al abrir la puerta y ver a Marcela medio escondida detrás del rosál, para que mi madre no la vea:

—Nos entraron ayer, a la madrugada.

Así dice, “nos entraron”, sin aclarar de quién habla, y como si nunca hubiéramos dejado de hablar sobre ese tema. Y dice que ha venido a ponerme sobre aviso, aunque no noto en ella más que la necesidad de contar. Porque ya su marido se ha ido a trabajar, y se ha quedado sola, aterrada de estar sola, de enloquecer a solas sin sus cuidados psiquiátricos.

Mi madre, alertada por la perra que se ha echado a ladrar como si la enloqueciera el olor de nuestro miedo, se asoma a la ventana: Marcela me aparta un poco. “Para no asustarla”, explica, porque lo que tiene que contarme, dice, “es muy pesado”.

Esto es lo que me cuenta, lo que ella habría podido declarar:

—Entraron con Ivancito, tarde en la madrugada

—Marcela se sorprende cuando me ve asentir con la cabeza, y yo hago ese gesto sin pensar, recordando vagamente el patrullero, pero no se detiene.

Ivancito es su hijo menor, de unos veintidós años.

—Venía de bailar, en la cuatro por cuatro. Y en cuanto bajó le pusieron un arma en la nuca y lo hicie-

ron entrar a casa y subir. Robert, que tiene insomnio, estaba trabajando en su estudio; y yo, que dormía, me desperté pero no me moví.

Un hijo. Un padre. Una madre, recordé.

—Pero no eran negritos, ¿eh? —aclaró Marcela—. ¡Por suerte! Eran medidos, muy educados. Sabían muy bien lo que hacían (mi padre, supuse, habría dicho lo mismo después del episodio que ahora volvía cada vez más nítido a mi memoria. “*Eran unos caballeros.*”).

—“Desconectá la alarma”, fue lo primero que le dijeron a Ivancito en cuanto entraron. “La primaria y la secundaria, ¿eh?” (Porque tenemos dos: la que todos escuchan, y otra secreta que suena en la empresa de seguridad si digitamos, después de la clave, la tecla asterisco. Es un sistema nuevo, y ellos ya lo conocían.) Y por suerte Robert, que sabe manejarlos, los tranquilizó: “No se preocupen, muchachos, que yo siempre tengo algo para ustedes. Siempre guardo algo para estas ocasiones”. “¿Y tu mujer?”, preguntó el jefe. “Dejala, está dormida. Y se pondría nerviosa, y todo sería peor.” Hicieron caso, por complicidad masculina. Pero era toda una célula, una organización: llevaban handies con los que iban diciendo: “Ya estamos terminando”, “Vengan ya”. Un camión vino, cargaron las computadoras. Se llevaron dinero. Y estamos seguros de que van a volver.

Le digo lo que vi, la madrugada del domingo, cuando llegué de Buenos Aires (y no tiemblo por eso: tiemblo porque esa imagen de *madre y padre e hijo* se reúne con esa otra palabra: *organización* y compone mucho más nítidamente esa escena olvidada).

Hablo del tipo de gorrita con visera para atrás, del auto que parecía esperarlo, del patrullero.

—¿Cómo un patrullero? —se aterra Marcela—. ¡Si no hicimos la denuncia!

Empiezo a explicarle, y se pone tan nerviosa que debo empezar de nuevo, y bastan dos o tres frases para que me interrumpa y me pida que por favor le repita todo eso a su marido, exactamente. Que no me preocupe. Que no harán la denuncia. Pero que, eso sí, por favor, no diga nada a nadie más.

Cuando entro en casa me la encuentro a mi madre, espiando, recelosa.

—¿Qué quería Marcela? —me pregunta, temblando: solo alguna desgracia, algún peligro inminente puede haberme envuelto con quienes detestamos.

—¡Nada! —improvisó—. ¡Te traje revistas!

Una o dos veces me obliga a repetir la frase. Cuando logra entender, me dice con sarcasmo.

—¿Ah, sí?, ¿y dónde están esas revistas?

Manoteo unos viejos ejemplares de *Hola*, de esos mismos que le regala Marcela y que ya están para tirar; confío en que los haya olvidado, como olvida casi todo. Se los doy y subo a mi casa, de nuevo a mi trabajo.

Aunque en una declaración podría parecer demasiado, diría que siento que mi madre ha leído en mis gestos una verdad que yo mismo no consigo entender; un mensaje que yo sigo repitiendo, un libreto, desde hace más de treinta años.

TENÍA ALUMNOS en casa, esa noche. Cuando salí a la tarde a sacar fotocopias, vi que unos herreros tomaban medidas al porche de la casa de los Chagas: ahí estaba Robert, con su cuello ortopédico, su aire de jefe de pabellón, su pasión por las rejas. Me hizo señas de que fuera nomás, que cuando regresara me atendería.

Al pasar frente al número 5 encuentro a Diego, mi vecino. Cumpló en comentarle que su presagio se ha cumplido: que anoche “entraron” en la casa 29. Que esperaron a Ivancito, que venía de bailar, y se metieron con él, y que yo mismo vi un tipo sospechoso, de arito y gorra de visera, a metros de donde ahora estamos.

—¿Y no llamaste al 911? —me dice Diego, como desconfiando de mí.

—No —contesto, un poco perplejo—, ni se me ocurrió. No le explico que apenas sé qué es el 911 y que, en todo caso, no habría llamado.

—Mi mujer, que es psicóloga —me amonesta—, trabaja ahí, y atiende a la gente que se siente amenazada.

Nadie podría decir que Diego y su mujer son policías, pero siento de pronto la misma desconfianza.

Hago las fotocopias en el quiosco de la esquina, y cuando vuelvo, Robert se desprende del grupo de herreros, y como un médico que abandona la cama rodeada de practicantes, viene solícito a atenderme.

Es un psiquiatra famoso, de mala fama entre progres. Aunque a esta altura el dinero que trae a casa debe de ser mucho menos que el que gana su esposa con sus salones de belleza, conserva un aire típico de director de hospicio. Me saluda y me lleva aparte:

—¿Qué me dijo Marcela? —me pregunta por lo bajo, tan pronto le expreso mi pesar—. ¿Que viste un patrullero?

—No sólo yo —le digo, como si mi solo testimonio no pudiera resultarle confiable—: También esas dos gordas que están allí enfrente, sentadas al lado del viejo. Y fue a las cuatro y media, estoy seguro —digo con esa premura característica de las novelas policiales—. Bastante antes de que les entraran a ustedes.

Le cuento que el tipo de la gorra para atrás parecía ansioso, ahora comprendo, por divisar a lo lejos la llegada de Ivancito, por subir sin demora al auto que lo esperaba y seguir al chico hasta la puerta de su casa.

—No... Si esto fue todo un operativo —me interrumpe—. ¡Todo esto era *zona liberada!*

—¡Zona liberada! —repito casi sin querer. Me entusiasma que él, tan luego, use un vocabulario que solo puede haber aprendido en el *Nunca más*.

Robert es hombre de derechas: casa en Pinamar, departamento en Miami, presidencia del Rotary Club: conquistas ostentadas como jinetas en una charretera. Que aun él, que llegó al barrio en plena dictadura, haya llegado a comprender la iniquidad de la policía, me produce una sensación de victoria o de revancha. Un logro de este gobierno que apoyo.

—Pero decime, ese patrullero..., ¿decía Científica, *Policía Científica?*

Yo respondo que sí, y que eso mismo les había llamado la atención a aquellas dos gordas.

—¡Claro! —exclama, por lo bajo—. ¡Ya está!

Su cara se ilumina. Con ese último dato ha hecho su diagnóstico, solo eso le bastaba para lanzarse

al combate. Y me arrastra a la esquina, como en las citas secretas.

—A una paciente mía le pasó igual: poco tiempo antes de que entraran a robarle, un patrullero de la Policía Científica le estacionó frente a la casa de al lado. Son los que te marcan —dice— para que los otros después entren. Y hay algo gracioso.

Por primera vez en treinta años nos une una extraña confraternidad. Pero estamos pasando frente a la casa de Diego, y tan disimuladamente como puedo, le pido que se calle.

—Ah, ¿la mujer de este es policía? —me pregunta Chagas, y Diego lo escucha y nos lanza una mirada de odio. Porque son otras épocas. Porque no podemos pensar que todos los milicos son iguales, y que la fuerza entera es el enemigo. Y porque su mujer trabaja en el 911 por necesidad, y por solidaridad, incluso, ¿a qué negarlo?

Cuando llegamos a la esquina, casi a solas, frente al playón de autos usados, Chagas prosigue:

—Bueno, esta paciente mía hizo la denuncia porque la obliga el seguro. Y denunció más cosas que las que en verdad le habían robado —y Chagas ríe, juzga naturales, perdonables, esas trampas—. Al rato le sonó el teléfono... ¡A las tres de la mañana! Te imaginás el susto... Eran los que la habían asaltado. “¡Hija de puta!”, le dijeron. “¡Dijiste que te habíamos afanado un home theater y ahora el comisario nos lo reclama!”.

Su esforzada despreocupación, su casi alegría, me hacen confiarle entonces la obsesión que ya me ha atrapado desde el fondo de la mente: la similitud entre esto que ha ocurrido y otro episodio de 1976.

—¿Hace treinta y tres años? —se extraña, conster-nado—. ¿Qué pasó hace treinta y tres años?

Le cuento que aquella noche otra banda asaltó la casa, cuando todavía era de la familia Kuperman. Y sugiero que, a pesar de los avances de los derechos humanos, el “aparato represivo”, o “el crimen organizado”, como quiera llamársele, sigue igual: que eso prueba este asalto.

(Pero no le digo que antes pasaron por mi casa. Ni le cuento lo que sucedió en esos diez minutos que permanecieron entre nosotros y no me he atrevido a revelar jamás a nadie, eso que ahora me hace temblar como una fiebre.)

—De la presidenta para abajo, empezando por ella —dice Chagas, y un rayo en su mirada es como una advertencia: “No me confundas” —, todos son ladrones. Todos —destaca con un ademán amplio que parece abarcar todo el cuerpo social enfermo—. Así que solo nos queda defendernos entre nosotros.

EN MI CASA, mi madre, un poco demasiado erguida, como quien se prepara a recibir un golpe de ola, me increpa:

—¿Qué hablabas con Chagas?

—¡Me recomendó a sus herreros! —improvisé—. ¡Me ofrecía sus servicios!

—Bah —desprecia ella.

Le digo que tenemos que enrejar la cocina, no porque corramos peligro alguno, sino porque el seguro nos lo exige. Ella hace un gesto amargo, como diciendo: qué inútil. Si nos entraran, ¿qué podría reparar el dinero? Y de pronto, yo invento:

—Y nos quedamos hablando de las Kuperman... ¿Te acordás? —y me acerco a su oído dispuesto a recordarle la noche en que ella estuvo sola ante la patota.

Mi madre acusa el dolor, pero sobre todo la furia que le causa mi impertinencia de hablar de los dolores. Me arrepiento de haber hablado. Siento que nombrar la muerte es atraerla.

Mi madre tiene casi noventa años, olvida muchas cosas.

—¿Pero cómo no me voy a acordar...?! —se ofende. Y sé que también habla de *su* noche.

Subo a mi casa entonces, para que no se preocupe. La necesidad de escribir ya me distrae de cualquier otra cosa. El conocido deseo de escaparme. Pero me quedo como plantado en el geriátrico, ante la misma ventana desde donde vi el patrullero, y contemplo, como quien lee un mensaje, el aspecto del barrio.

“*Houses live and die*”, recuerdo, mirando las casas bajas cercadas, a lo lejos, por la barrera de edificios: todo un *memento mori*. No podía imaginarlo entonces, a mis doce, trece años, cuando yo mismo era parte de ese paisaje; no podía imaginar que también un barrio envejece. No hablo de volverse antiguo, pintoresco: digo viejo, sucio, decadente, porque los dueños de las casas han muerto y las viudas como mi madre tienen casi noventa y no se animan a dejar entrar obreros...

Y sin embargo, me digo, algo más poderoso que las casas sobrevive. Pero, ¿qué? ¿Simplemente una banda de asaltantes, de mafiosos, de asesinos? ¿O un mecanismo secreto, un código oculto bajo la fachada de las leyes conocidas? ¿Un lenguaje mudo que las reglas

del lenguaje, malamente, intentan reproducir, o artísticamente ocultan? Acaso un modo de vincularse que permite a unos ser víctimas y a otros victimarios sin que nadie tenga siquiera necesidad de expresarlo. Pero yo estoy a tiempo de entenderlo, me digo, si escribo.

Porque nunca he sentido aquella noche más cercana; más cercano su horror.

Empiezo.